

# Control y Condón. La Revolución Sexual Mexicana\*

Monsiváis, Carlos

---

Carlos Monsiváis: Ensayista y escritor mexicano.

---

*Pasadas casi ya tres décadas de los comienzos de la «revolución sexual», los cambios pueden parecer bruscos y moderados a un tiempo. Entre relicarios y modelos de conducta transmitidos electrónicamente, entre el temor a la religión y la ansiedad por modernizarse, entre los prejuicios y la búsqueda de status, la sociedad mexicana secularizó sus cuerpos. Surgieron espacios reconocidos para la disidencia aunque la derecha y la Iglesia aún persistan - sin mayor predicamento - en retrasar el reloj de la moral social.*

a Marta Lamas

En 1958, al término del mando de un político obviamente tradicional, la sociedad mexicana no admite el calificativo de moderna. Si la modernidad la determina la americanización, ésta resulta todavía selectiva y muy superficial; si el criterio es cultural, es aún tímido el desarrollo de la enseñanza superior, y a ojos del gobierno y de la sociedad, las artes y las humanidades son casi representaciones simbólicas; si la determinación de este juicio es política, la concentración del poder y la mentalidad de quienes la ejercen no admiten siquiera asomos democráticos; si la modernidad se juzga por las actitudes sexuales, el panorama es feudal en buena medida: nadie discrepa en público de la autoridad patriarcal, se da por sentada la sumisión femenina (y se respeta el símbolo chusco: la sufrida mujer mexicana), no se discute la noción de la honra como fundamento del prestigio familiar, la posesión de la casa chica (el rincón de La Querida) apuntala la vanidad de los machos, en los burdeles se recuperan las ilusiones perdidas y se afianza la santidad del hogar, en la clase media se habla de la educación sexual en voz baja («Creo hijo mío, que ha llegado el momento de conversar de hombre a hombre»), un político divorciado está al tanto de su porvenir limitado, las «malas palabras» causan azoro en los «sitios decentes», el psicoanálisis aún no es moda cultural, son inmencionables los «pecados contra natura»... Y todo lo preside el sentimiento de culpa.

A más de treinta años de distancia, el país de 1958 es casi irreconocible. En el campo de lo sexual, la información abunda; el psicoanálisis ya no es moda social y lo cuestionan las polémicas sobre «ajustes» a la realidad o «sanos desajustes»; la sexología avanza y el conocimiento se ha democratizado con el auge relativo de expertos como Masters y Johnson; el vocabulario freudiano se «nacionalizó» y perdió su sentido original («sólo los traumas te ayudan a no tener problemas sexuales»); «¡Adúltera!» ya no es el último grito melodramático, y ni el divorcio ni el adulterio son causa formal de escándalo; aunque todavía no llega un divorciado a la Presidencia de la República la familia nuclear se relaciona con la familia tribal tres veces al año (Navidad, cumpleaños, enfermedades); el desastre de la economía intensifica el control de la natalidad por encima de los decretos papales; los prostíbulos son especies en extinción; se discuten temas antes inmencionables como la legalización del aborto; es irreversible la participación de las mujeres en casi todos los campos (últimos reductos del machismo: la política y la vida empresarial); «hacer el amor» ya no es el equivalente pudoroso de coger sino de «relación significativa entre dos seres humanos»; son poquísimas las «malas palabras» o «términos obscenos» que sobreviven como tales luego de la nivelación moral del habla, en la UNAM se institucionaliza la Semana Cultural Gay; la lucha contra el SIDA rehabilita dos vocablos que se creían extintos («castidad» y «condón»). Y, dependiendo de la generación a que se pertenezca, todo lo preside la nostalgia del sentimiento de culpa o la incompreensión ante cualquier nostalgia.

***«Pues tú serás muy liberado, pero aquí mando yo...»***

No describo un panorama idílico. El avance en el campo de la moral sexual ha sido muy irregular y por sectores, y hay grandes zonas de resistencia al cambio. La Iglesia católica se ha opuesto, en campañas que no excluyen la intimidación, a despenalizar el aborto, sigue calificando a la homosexualidad como «un crimen» y el delegado del Vaticano en México calificó al condón de «lodo y cieno»; persiste, aunque disminuida por la crisis económica, la costumbre del «harem a la mexicana»; las campañas contra la pornografía son el pretexto apenas disimulado para combatir la libertad de expresión artística; se ha masificado la violación y, pese a leyes rigurosas, no cesa la complicidad para los violadores; el nivel de conocimientos sexológicos no disminuye la fuerza de la hipocresía en la vida social.

Sin embargo, las fuerzas del tradicionalismo están en retirada, como en todas partes, y pese a los poderes persuasivos de la Iglesia católica.

**«Cuando éramos menos, pero más prejuiciosos»**

¿A qué atribuir el crecimiento de la tolerancia en asuntos de la moral social? Entre las razones diversas (culturales, económicas políticas, comerciales), una fundamental es el afianzamiento de la secularización. Ya en 1929, cuando desaparece el postre intento de una sociedad teocrática (la Cristiada, los ejércitos campesinos de extrema derecha), entre negociaciones privadas de la jerarquía católica y el gobierno, el proceso secularizador está muy avanzado, y sólo unos cuantos ensalzan la multiplicación a dúo de los hijos y de los rebaños, y repiten a su modo la frase de San Jerónimo: «Adúltero es también el que ama con excesivo ardor a su mujer». Para la inmensa mayoría, la religión es ya sólo una parte de la visión del mundo, y cada persona acumula las pequeñas y grandes desobediencias a la ortodoxia que los curas traducen como «la descatoización de México», fruto de la atroz educación laica. De hecho, ocurre sin demasiados contratiempos esa «muerte de Dios», que es el encaje de la moral que se practica por la moral que únicamente se proclama. Para muchos, la religiosidad es tributo a los ancestros, y es - sobre todo - acatamiento al juego de la respetabilidad, a través de «La memorización teológica» del sentido de la vida humana, que la costumbre certifica. Y, en medio de la crisis de la conciencia individual, se relega «el soborno del cielo» (G. B. Shaw), se relativizan los valores morales, se reduce el sentido del deber hacia las generaciones venideras, se actúa en la vida diaria ateniéndose únicamente, y si no queda otro remedio, a la reglamentación de los castigos terrenales. El cielo puede esperar.

La secularización es proceso paulatino que alcanza a la familia (ya no más «territorio sacro») y a las prohibiciones sexuales. Pasa a segundo término la «gestoría moral» (el sacerdote como intermediario en el proceso que va de la buena conciencia a la vida eterna), y la apropiación individual del juicio ético desemboca en actitudes muy diversas, en prácticas masivas: las píldoras anticonceptivas, el aborto, la franqueza erótica de las mujeres, el desdén por los prejuicios milenarios presentados como «la voluntad de Dios». Y con frecuencia las decisiones se norman por la mezcla de cultura cristiana y razones seculares.

En este contexto, el espectáculo ya generalizado de la Semana Santa como el tiempo festivo por excelencia, el carnaval de los vacacionistas, no sólo reproduce la realidad de la sociedad laica: también la produce.

Desaparece el antiguo control del confesionario. ¿Y quién podría imprimirle un sentido confesional a lo que trae consigo la explosión demográfica? Sí somos tantos, incluso los comportamientos marginales serán masivos en alguna medida y la

sociedad de masas es, ante todo, el escenario de la gran duda. ¿Qué significo yo en la multitud, en el vagón del metro, en las prisiones del tráfico, en las colas, en la carcería de empleo? Si las jerarquías se disuelven o no importan mucho, debo suspender o disminuir lo que mis padres y abuelos ejercieron sin tregua: el juicio moral a propósito de quienes me rodean, familiar o físicamente, no porque apruebe o sea cómplice de otras conductas sino porque mis reproches carecen de importancia. Este monólogo interior, al repetirse, algo pone en claro: salvo en circunstancias excepcionales, el qué dirán no intervendrá como antes en las vidas. Somos tantos que no me alcanza el tiempo para enjuiciar a cada vecino. Somos tantos que mis opiniones sobre otros carecen de cualquier efecto. Sólo el cultivo de mi indiferencia protege mi privacidad.

Al antiguo dictum: «Pueblo chico, infierno grande», lo sustituye la idea de la gran urbe donde el infierno es la noción de arraigo, quien no muda de casa cada cinco años desciende en el status, y las muchedumbres, porque no les queda otra, aprenden a tolerar y asimilan los comportamientos más extremos.

### ***Los elementos culturales: la americanización y los medios masivos***

Desde los años cuarenta, las metamorfosis de la moral social norteamericana son estudiadas con avidez en México. Y a cualquiera de las conductas «liberales» o «liberalizadas» de Estados Unidos la rodea primero la alarma, luego el choteo y finalmente la imitación. («Si los imito con tanta fidelidad, es con tal de no parecerme a ellos»). Entre falsas y verdaderas resistencias, uno tras otro se adoptan los cambios y las fobias de la moral criolla se vuelven «modas» del acomodo mestizo: la unión libre, la creciente libertad de opción sexual de las mujeres, la frecuentación unisex del vocabulario «obsceno», la adopción de la píldora, la reapropiación ideológica del cuerpo femenino, etcétera. La americanización depende de un convenio psicológico y comercial: el sentido de lo contemporáneo se decide en Estados Unidos, y por eso preguntarse en el ámbito latinoamericano: «¿Que tan contemporáneo soy?», equivale por lo general a decirse: «¿Qué tan cerca o qué tan lejos estoy de lo que ocurre en Estados Unidos?» Así de colonizado, y así de inevitable.

Otras sociedades pueden ser más libres o menos represivas (las escandinavas, digamos), pero en Estados Unidos se efectúa la traducción internacional de los avances en el comportamiento. Allí se deciden las modas que pregonan los vuelcos ideológicos (la minifalda, por ejemplo, surge cuando el criterio del orgullo corporal se impone sobre el miedo a la provocación), las formas más desenfadadas de relación familiar, el sello de «eficacia» o «ineficacia» que determina el porvenir de las tradi-

ciones, el incremento de espacios de libertad para los niños, los adolescentes y las mujeres.

En materia de americanización, las ideas dominantes de la época son al principio las de la clase dominante. Imitar el modelo norteamericano, razonan los burgueses latinoamericanos, es la única estrategia conocida para ser actuales. Nueva York y Houston y Dallas y Los Angeles bien valen la certidumbre de que las hijas ya no son vírgenes, de que las esposas sólo son fieles a determinadas horas, de que uno de los hijos pueden no ser el gemelo psíquico de John Wayne o Pedro Armendáriz, de que la permisividad sexual ha llegado al hogar. Luego, al extenderse la americanización y abarcar a las clases populares, se origina un debate, presentado como «batalla por la Identidad Nacional», pero, en verdad, lucha real y retórica por el dominio de las claves de la moral social. Al exacerbarse en México lo que podría llamarse «voyeurismo cultural» («Me fijo en lo que hacen los gringos para no sentirme tan anacrónico»), el nuevo paradigma arrasa.

A la americanización la diseminan los medios electrónicos. La sociedad tradicional organizó la resistencia a las profanaciones ideológicas (el ateísmo, el marxismo), pero no previó la contaminación de la radio, el cine y la televisión. De muy poco sirvieron los acuerdos con los gobiernos, la prohibición en la radio de canciones con «letra inconveniente», la adaptación en América Latina - gracias a las presiones de las Ligas de la Decencia - del Código Hays en Hollywood, los curas que en las funciones parroquiales cubrían cada diez minutos con su mano el proyector, para ahorrarle a los catecúmenos el paisaje maléfico de besos y abrazos. Como es ya ley, la censura sólo fortalece a lo que quiere eliminar. Y mientras los tradicionalistas se felicitan porque domestican al público, la «subversión» se da sus lujos: se presenta a la familia tribal como un museo de costumbres entrañables y malignas, la fotografía celebra lo que los diálogos piadosos niegan, se sistematiza en las comedias la burla a beatas y persignados. Si el cine quiere retener a su público debe prodigar imágenes sensuales, mujeres escasas de ropa cuyos ademanes afrenten por su «descaro», arquetipos irresistibles del pecado, escenarios (por lo común «tropicales») de seducción perfecta. En su auge, el cine (nacional e internacional) es el arma del cambio. Allí se exhiben, entre sermones verbales, las conductas que habrán de masificarse y se despide con epítetos laudatorios a las costumbres ya insalvables.

Si el cine se convierte en la vanguardia de la permisividad, en la televisión se vigoriza un principio del cine: lo contemporáneo exige convertir a lo tradicional en «lo folklórico». No hay espacio para ambas instancias en la pantalla chica. Lo permitido en la TV se vuelve hogareño y, por así decirlo, se «santifican» las nuevas formas

de relación, las situaciones melodramáticas en donde lo antes inmencionable figura con naturalidad, los semidesnudos, el adulterio como método para tonificar la vida conyugal, las alusiones francas («científicas») al sexo, y - sobre todo - los estilos de vivir desenfadados que pregonan, con hipocresía muy venida a menos, los comerciales.

Esto, sobre todo, afecta a la vida provinciana, que se adapta como puede a la americanización, para no aislarse definitivamente de lo que considera «el mundo». Y como la censura supone a la TV controlada en lo esencial (nada de política, nada de humor sexual, nada de «malas costumbres»), no se advierte que lo «entretenido» o divertido constituye, en el flujo de imágenes, la liquidación de lo tradicional. (Y las videocaseteras y las antenas parabólicas, al ir eliminando las aduanas de censura, acrecientan los espacios sobre lo que no hay control posible).

### ***El feminismo: la revolución inadvertida***

En los años sesenta, la contracultura en México, en seguimiento de la norteamericana, reclama libertades del comportamiento y la apariencia, se adhiere como puede a la revolución sexual tan pregonada, se gasta en provocaciones y desafíos (el más ostensible: el nudismo masivo en un festival de rock) y se sumerge, víctima de las represiones. Y emergen entonces rupturas con mayor desarrollo teórico: el feminismo, el movimiento ecológico, los grupos de liberación homosexual, los nuevos ácratas. La novedad inicial es el feminismo, que se presenta organizadamente y casi sin previo aviso en 1970 ó 1971, y sorprende al machismo ancestral. Las mujeres toman la palabra, revisan críticamente la literatura y la historia, hacen mítines a las puertas de los concursos de belleza, luchan por la legalización del aborto, y suelen usar en la proclamación de su credo un lenguaje libérrimo. En la primera etapa, las feministas son mujeres de clase media o de la burguesía que viajan a Estados Unidos y Europa y se entusiasman con el nuevo movimiento, y las posibilidades que ofrece de hacerse de una identidad femenina, que se construya libremente. Sus detractores califican al feminismo de «reacción colonizada», y de afán de protagonismo.

El feminismo en dos décadas: pleitos y divisiones por razones personalistas, promesas de extinción, éxitos, fracasos, insurgencias cívicas abruptas. Pese a quienes lo consideran «moda de burgueses», el movimiento persiste, se implanta en la vida académica y en el periodismo, destruye certidumbres del sexismo y, ya perspectiva esencial del México del fin de siglo, influye más de lo que se admite en la derecha, le pone sitio al machismo de la izquierda ortodoxa, tiene repercusiones importan-

simas en las clases populares, obliga al gobierno a rendirle tributos verbales y a tomar acciones concretas (el caso de la violación) y, sobre todo, de modo diverso pero inequívoco, implanta en millones de mujeres la conciencia de sus derechos. Si es todavía insuficiente la aportación teórica y la capacidad organizativa de las feministas en México, sus planteamientos fundamentales influyen en la opinión pública y en la sociedad civil, y en gran parte al feminismo se le deben la caída del prestigio interno del machismo, la creciente igualdad jurídica de la mujer, los avances salariales y jurídicos en casi todos los ámbitos de la vida laboral, la conversión de la lucha contra los violadores en causa gubernamental, el avance de la narrativa y la poesía escrita por mujeres, la abierta discusión de los significados de la «condición femenina», de la esclavitud doméstica y del orgasmo vaginal, la desaparición de la separación opresiva entre «lenguaje masculino» y «lenguaje femenino», la visión más humanizada de las prostitutas, la reconsideración crítica de la pornografía (con todo y el error de pedir censura).

Los avances del feminismo son desiguales y combinados, pero muy importantes, en la medida que, en distintos niveles, mejoran las condiciones de vida de millones de mujeres. En la lucha por la legalización del aborto, por ejemplo, no obstante la influencia evidente de la Iglesia católica sobre sectores del gobierno, al disminuir la opresión social, se atenúan también o desaparecen las sensaciones de pena, vergüenza, humillación y dolor asociadas generalmente al hecho. Esto, no obstante lo que consigue la Iglesia, representada públicamente por grupúsculos como Provida: la persecución, tortura y detención de médicos, enfermeras y mujeres que abortan en clínicas clandestinas (como sucedió en el estado de México a principios de 1989), y la negativa rotunda al cambio jurídico.

Si el feminismo no es el único factor en los cambios positivos de la moral sexual, sí determina en gran medida nuevas actitudes en decenas de miles de mujeres que, al abortar, no se consideran «víctimas del pecado» o «desechos humanos» sino seres que eligen responsablemente. ¿A quién convencen los obispos que fustigan a las mujeres por creerse «dueñas de su propio cuerpo»? ¿Y a quiénes, por ejemplo, se dirige al arzobispo de Guadalajara Juan Jesús Posadas Ocampo, que les pide a las mujeres que «no caigan en el engaño del feminismo que en lugar de liberarlas las masculiniza y las vuelve agresivas ante el hombre»? (La Jornada, 19 de diciembre de 1988). Sólo a núcleos muy fanatizados. Lo digan o no, las que abortan, al reivindicar el derecho al cuerpo propio, le confieren a su acto lo que es válido llamar «dimensión política», de resistencia al autoritarismo familiar, gubernamental o eclesiástico, de insubordinación ante destinos trazados e impuestos desde afuera.

A los avances se oponen los yugos tradicionales. En muy diversos sectores, ni los machos dejan de serlo por vergüenza cultural, ni las mujeres se consideran habilitadas para el libre uso de su cuerpo (y, desde luego, no sólo en lo relativo al aborto). Durante medio siglo, la izquierda aceptó a regañadientes y juzgó con encono al feminismo por «pequeño-burgués», y por «restarle fuerzas a la lucha contra el enemigo principal». El mensaje era otro: aplacemos las luchas parciales y espere-mos juntos el advenimiento de la liberación integral. Ahora, como se aprobó, las teorías feministas facilitan la incorporación (en distintos niveles y órdenes de comprensión) de millones de mujeres al proceso democratizador.

### ***La otra disidencia***

Como tema y problema del conocimiento social y la tolerancia, los homosexuales aparecen públicamente en 1978. The Shock of Recognition: ver desfilar en la calle a los «pervertidos», oír del Gay Power, asistir a mesas redondas y conferencias donde jóvenes que no responden al estereotipo del afeminado defienden abiertamente la validez de su opción sexual, enterarse de que una institución de la mojigatería familiar (Televisa) le dedica una serie de Contrapunto al tema del lesbianismo (en 1980), saber de la existencia de revistas como Nuestro Cuerpo, Opus Gay y Macho Tips, comprobar la expresión libre y «obscena» de la otra sexualidad en novelas, poemas, obras de teatro, cuentos, ballets, películas (de la novela El vampiro de la colonia Roma, de Luis Zapata a la película Doña Herlinda y su hijo de Jaime Humberto Hermosillo). Los homosexuales son la prueba de fuego de la tolerancia (el reconocimiento del derecho ajeno, la certeza de la inutilidad de oponerse al derecho ajeno), y la rápida demostración de que en verdad, una mentalidad distinta y ecuménica madura en el país.

La devastación del SIDA no sólo ha nulificado muchos avances (no todos, en forma inesperada gran parte de la tolerancia permanece o incluso se ha robustecido), sino, también y trágicamente, ha devuelto al homosexual a la defensa de lo más elemental de sus derechos humanos. En medio de la batalla contra la barbarie de sacerdotes y ultraderechistas que obstaculizan o impiden la propaganda de condones y otras medidas preventivas, a nombre de la «sensibilidad de los creyentes», cientos de personas homosexuales y heterosexuales, sufren agudamente rechazos familiares y médicos, hostigamientos sociales, los sentimientos vulnerados del enfermo al que se trata como criminal de «alta peligrosidad».



### ***Hacia el fin del milenio sin estremecimientos milenaristas***

Hay, por supuesto, excepciones magníficas, entre funcionarios de la Secretaría de Salud, médicos y enfermeras; hay familias y amistades solidarias, y aumentan los grupos gay que defienden con valor y firmeza a su comunidad, pero la situación es dramática y obliga a resistir las presiones del tradicionalismo clerical. Las campañas de información científica, y esto lo sabe perfectamente la Secretaría de Salud, no corroen la fe del pueblo; la ausencia de información adecuada si destruirá miles de vidas.

Los tradicionalistas pretenden añadirle a la tragedia del SIDA la moraleja homófora que corresponde a su proyecto de retorno a la Edad Media y hasta el momento han conseguido sobre todo obstaculizar la información (la intolerancia hacia los enfermos proviene, más que de iras bíblicas, del terror plenamente irracional al contagio). Por lo demás, la pandemia arrastra por necesidad conocimientos más vastos y específicos sobre la vida sexual, que solidifican el esfuerzo de conocimiento de los últimos treinta años. Se desvanece progresivamente cualquier temor al uso abierto de las palabras, pierden razón de ser (la que hubiesen tenido) las «zonas prohibidas» en las conversaciones, y se va normalizando la relación con el cuerpo humano y sus apetencias.

Si lo anterior aún no se observa claramente, es responsabilidad de los siglos de ocultamiento, del miedo reverencial al significado de los términos genitales, de la superstición que imagina «inocencias protegibles», de la convicción de la eterna minoría de edad emotiva y ciudadana de la mujer, de la identificación clerical de cristianismo con represión del instinto.

Pero el proceso es irreversible, y la mayoría de los jóvenes ni siquiera discute su derecho a ejercer su sexualidad (ya de nuevo con «intermediarios»: los condones). Y si está por demás hablar del progreso, sigue teniendo sentido mencionar los avances sociales: más libertad de expresión, más libertad corporal, mayor sentido del humor ante los prejuicios, y, en gran número de casos, canje de la culpa por la precaución. Si esto no es suficiente, no resulta por ello menos alentador.

\*El presente artículo es segunda versión de uno previo: Paisaje de batalla entre condones.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 109 Septiembre- Octubre de 1990, ISSN: 0251-3552, <[www.nuso.org](http://www.nuso.org)>.